

TEORÍAS REDUCCIONISTAS

Entre los rasgos descorazonadores de los estudios de política internacional, se halla el pequeño aumento de poder explicativo que ha surgido a partir de la enorme cantidad de trabajo producido durante las últimas décadas. Nada parece acumularse, ni siquiera las críticas. En cambio, se hacen una y otra vez las mismas clases de críticas sumarias y superficiales, y se repiten errores del mismo tipo. En vez de aumentar el número de resúmenes disponibles, concentraré mi atención en la parte crítica de este libro sobre unas pocas teorías que ilustren los diferentes enfoques. Al hacerlo, nuestro pensamiento tenderá más hacia las posibilidades y limitaciones de los diferentes tipos de teoría, y menos hacia las bondades y debilidades de ciertos teóricos en particular.

I

Las teorías de política internacional pueden clasificarse de diferentes maneras. En otro trabajo he diferenciado las explicaciones de la política internacional, y especialmente los esfuerzos por localizar las causas de guerra y definir las condiciones de paz, según el nivel en el que las causas se sitúan —ya sea en el hombre, en el Estado, o en el sistema del Estado (1954, 1959). Puede hacerse una división aún más simple, que separa las teorías según sean reduccionistas o sistémicas. Las teorías de política internacional que concentran las causas a nivel individual o nacional son reduccionistas; las teorías que conciben las causas a nivel internacional son sistémicas. En el capítulo 2, me concentraré en las teorías reduccionistas.

Con un enfoque reduccionista, el todo es comprendido conociendo los atributos y las interacciones de sus partes. El esfuerzo por explicar la conducta de un grupo por medio del estudio psicológico de sus miembros es un enfoque reduccionista,

como lo es el esfuerzo destinado a comprender la política internacional por medio del estudio de las burocracias y los burócratas nacionales. Tal vez, el clásico reduccionista fuera el una vez famoso intento de comprender los organismos desarrollándolos y aplicando conocimientos físicos y químicos al examen de sus partes. Entonces, es esencial para el enfoque reduccionista que el todo sea conocido por medio del estudio de las partes. También sucede con frecuencia que los reduccionistas se encuentren utilizando los métodos de otras disciplinas con el objeto de aprehender su propio objeto de estudio. A priori, no se puede decir si la reducción será suficiente. La cuestión de lo adecuado o apropiado debe responderse por medio del examen del material a explicar y por medio de la observación de los resultados obtenidos.

La época del furor de la reducción entre los biólogos puede haber sido desafortunada.¹ No obstante, es posible comprender que el éxito y el prestigio de la física y la química hayan tornado atractivo el camino del reduccionismo. En nuestro campo, el furor reduccionista deriva más de los fracasos de los trabajos realizados a nivel político internacional que del éxito de otras disciplinas posiblemente pertinentes. Muchos han tratado de explicar los acontecimientos políticos internacionales en términos de factores psicológicos o de fenómenos psicosociales o de las características políticas y económicas nacionales. Al menos en algunos de estos casos, los posibles factores pertinentes han sido explicados por teorías de algún modo más poderosas de lo que las teorías de política internacional han sido capaces de generar. En ningún caso, sin embargo, esas teorías no-políticas resultan suficientemente poderosas como para suministrar explicaciones o predicciones confiables.

La tentación verdadera de reducir es débil, no obstante lo cual, en política internacional, la tendencia a reducir ha sido importante. Esta tendencia puede explicarse mejor agregando a la razón teórica, que acabamos de dar, una razón práctica. A menudo parece que las decisiones y acciones nacionales dan cuenta de la mayor parte de lo que ocurre en el mundo. Cómo podrían las explicaciones a nivel político internacional rivalizar en importancia con la respuesta de los poderes principales a preguntas

¹ Alfred North Whitehead al menos así lo pensaba (1925, p. 60).

como éstas: ¿habría que gastar más en defensa? ¿Es necesario o no construir armas nucleares? ¿Habría que mantenerse en una posición sólida e inflexible o retirarse y buscar la paz? Las decisiones y actividades nacionales parecen de enorme importancia. Esta condición práctica, junto con el fracaso de las teorías políticas internacionales en el aspecto de suministrar explicaciones convincentes o una guía útil para la investigación, han incrementado la tentación de dedicarse a los enfoques reduccionistas.

La teoría económica del imperialismo desarrollada por Hobson y Lenin es el mejor de esos enfoques.² Por “mejor” no quiero decir necesariamente correcto, sino más bien la teoría más impresionante. La teoría es elegante y poderosa. Enunciada de manera simple y con la incorporación de unos pocos elementos, pretende explicar los más importantes acontecimientos políticos internacionales —no solamente el imperialismo sino la mayoría, aunque no todas, las guerras modernas— e, incluso, señalar las condiciones que permitirían el predominio de la paz. La teoría ofrece explicaciones y, a diferencia de la mayoría de las teorías de las ciencias sociales, también predicciones. Más aún, ha desempeñado exitosamente las otras tareas que debe desarrollar una buena teoría: es decir, estimular y guiar la investigación, así como provocar contra-teorías que pretendan dar cuenta de los mismos fenómenos. En general, la literatura que puede ser atribuida a la teoría del imperialismo Hobson-Lenin, tanto a favor de la teoría como en contra de ella, es tan extensa y sofisticada como la literatura asociada con cualquier otra escuela dentro del campo de la política internacional. Por estas razones, la teoría puede ser perfectamente usada para ilustrar los enfoques reduccionistas.

II

Por el capítulo 1 sabemos que las teorías contienen suposiciones teóricas (no-fácticas) y que deben ser juzgadas en términos de lo que pretenden explicar o predecir. Por lo que he dicho acerca de los enfoques reduccionistas, se desprende que las suposiciones de la teoría Hobson-Lenin serán económicas, no polí-

² Las teorías de Lenin y de Hobson no son idénticas, pero son muy similares y casi absolutamente compatibles.

ticas. Su jerarquía como explicación del imperialismo y de la guerra depende de: 1) si la teoría económica es válida; 2) si las condiciones consideradas por la teoría existen en la mayoría de los países imperialistas, y 3) si la mayoría de los países en los que primaban esas condiciones eran en verdad imperialistas. He hecho la especificación de la mayoría de los países, y no todos, no para debilitar las pruebas que deben pasar las teorías económicas del imperialismo, sino porque las excepciones no pueden invalidar una teoría cuando su ocurrencia ha sido explicada de manera satisfactoria. Un viento que eleve una hoja caída no pone en cuestión la teoría newtoniana de la gravitación universal. Lo mismo ocurre con las teorías de Hobson y de Lenin: las causas asignadas pueden operar; sin embargo, otras causas pueden desviarlas o avasallarlas. Las teorías de Hobson y Lenin pueden explicar el imperialismo cuando se produce, y no ser refutadas, sin embargo, ni siquiera en el caso de que no todos los países desarrollados capitalistas practicaran en todo momento el imperialismo.

Imperialism, de Hobson, publicado por primera vez en 1902, sigue mereciendo un estudio detallado. Sin duda, los estudiantes ahorrarán mucho tiempo y problemas si dominan el capítulo sexto de la parte I, donde encontrarán los elementos de las ulteriores explicaciones económicas del imperialismo, desde Lenin a Baran y Sweezy. "Sobreproducción", "superávit de capital", "mala distribución del poder de consumo", "aglutinaciones recurrentes", "depresiones consecuentes": Hobson puebla densamente sus páginas con estos conceptos, los que desarrolla y combina sistemáticamente. Al hacerlo, más aún, da con nociones que otros autores posteriores han retomado —el rol de la publicidad y la importancia de los trusts, por ejemplo, e incluso la posibilidad de lo que ahora se conoce como el imperialismo del libre comercio.

El razonamiento económico de Hobson es impresionante. Al igual que Malthus, anticipa a Keynes cuestionando la convicción de los economistas clásicos acerca de que si el gobierno se despreocupara de la economía, la demanda efectiva tendería intensamente hacia la suficiencia, que la demanda de bienes por dinero limpiaría el mercado de todo lo producido y suministraría así a los proveedores el incentivo necesario para emplear plenamente los factores de la producción por medio de la inversión continua. Sobrepassando a Malthus, Hobson fue capaz de

explicar por qué la demanda efectiva podía ser deficiente, dando así razones para la proposición que más tarde establecería Keynes, es decir, que una economía de libre empresa podría descansar sobre un punto que representara menos que el empleo pleno de todos los factores de la producción.

A causa de la concentración de la riqueza en manos de unos pocos, argumenta Hobson, el consumo no puede mantener el mismo paso que el incremento del poder productivo; pues “los ricos no serán nunca lo suficientemente ingeniosos como para gastar lo suficiente para impedir la sobreproducción”. A un nivel de precios que deje beneficios, la demanda será insuficiente para vaciar el mercado. Hay entonces, según palabras de Hobson, “bienes que no pueden ser consumidos, o que ni siquiera pueden ser producidos porque es evidente que no pueden ser consumidos”. En cuanto a Keynes, el mal funcionamiento de la economía está causado por una mala distribución de la riqueza. En lo que a él respecta, la solución sensata corresponde al gobierno, que con sus capacidades impositivas y de inversión debe dedicarse a lograr una distribución más equitativa de los ingresos con el objeto de producir una demanda agregada que sostendrá a la economía en una condición de empleo pleno. En cuanto a Keynes, el enfoque es macroeconómico, examinando las relaciones existentes entre los agregados sistémicos con el objeto de explicar las condiciones de la economía como un todo.³

Ahora disponemos de los elementos económicos de la teoría del imperialismo de Hobson. Enfrentados con una decadente tasa de ganancias doméstica y con escasos recursos, los inversores potenciales dirigieron la mirada al exterior en busca de mejores oportunidades. Estas oportunidades se hallan en los lugares donde han sido menos plenamente explotadas —es decir, en países económicamente retrasados. Expresado de otro

³ Los tres últimos párrafos son un resumen de la parte I, capítulo 6 de Hobson (1902). Keynes da a Hobson todo el crédito de anticipar los elementos principales de su teoría general, aunque con limitaciones por la carencia en Hobson de una teoría del porcentaje del interés y su consecuente énfasis excesivo del excedente de capital en vez de acentuar la carencia de demanda. Ver Keynes (pp. 364-370) y las referencias allí dadas. En un artículo por todo otro criterio excelente, Boulding y Mukerjee (1971) señalan que es posible extraer algún sentido de la teoría del excedente del capital de Hobson interpretándola a la luz de Keynes. Sólo pueden creer que es necesaria una interpretación especial porque han omitido la estrecha similitud entre Hobson y Keynes.

modo, decir que un país es económicamente subdesarrollado significa que está escaso de capital. Cuando el capital es escaso, se requiere un premio muy alto. Con similares impulsos de invertir en el extranjero por parte de los ciudadanos de diferentes países capitalistas, sus gobiernos se sienten impulsados a respaldar los pedidos de tratamiento justo por parte de esos ciudadanos, o de privilegios especiales por parte de los gobernantes de aquellos países en los que están operando. Si un gobierno respalda a sus comerciantes en el exterior, ¿acaso pueden otros gobiernos hacer menos? Si un gobierno construye muros tarifarios alrededor de sus colonias, ¿acaso pueden otros gobiernos quedarse tranquilos mirando cómo son discriminados sus ciudadanos en la mayoría de los mercados mundiales? Los gobiernos de los Estados capitalistas sintieron la fuerza del razonamiento implícito en esas preguntas retóricas. Y de ese modo el impulso a invertir en el exterior, y la competencia entre los ciudadanos de distintos países que respondían a ese impulso, condujeron naturalmente, se pensaba, a oleadas de actividad imperialista. Así, Hobson llegaba a esta conclusión: el imperialismo "implica el uso de la maquinaria del gobierno por parte de intereses privados, principalmente capitalistas, para asegurarse ganancias económicas fuera de su país". Otras fuerzas también operan: el patriotismo, el celo misionero, el espíritu de aventura, por ejemplo. Pero el factor económico es la "raíz madre", la única causa cuya carencia marchita a la empresa imperialista. Las fuerzas económicas son "los verdaderos determinantes en la interpretación de la política verdadera". Más aún, directa e indirectamente, se creía que el imperialismo daba cuenta de casi todas, si no de todas, las guerras modernas. (1902, pp. 94, 96, 126; cf. 106, 356 y sigs.). Como más tarde lo expresara Harold J. Laski: "La principal causa de la guerra radica en el campo económico. Su objeto principal es la prosecución de una riqueza obtenible por este medio, que es considerada más grande por aquéllos que incitan al Estado a emprender la acción bélica que la que se hubiera obtenido de haberse preservado la paz" (1933, p. 501).

Aunque el imperialismo promueve el empleo por medio de la exportación de trabajo y capital excedentes, las pérdidas sufridas por una nación imperialista superan por lejos a las ganancias. Las ganancias son insignificantes, en parte, porque la

mayoría de ellas va a los comerciantes e inversores, que constituyen dentro de la nación una ínfima minoría. Ellos cosechan los beneficios del imperialismo; la nación, en general, carga con las considerables expensas. En las palabras de Hobson, tomadas de James Mill, el imperialismo es "un vasto sistema de alivio externo para las clases altas". La redistribución de los ingresos daría a los factores de producción una utilidad mucho más ventajosa. Más aún, si la actividad imperialista origina todas las guerras y no solamente aquéllas directamente imperialistas, los costos de todo el "sistema de guerra", los costos de prepararse para las guerras y de emprenderlas, deben ser atribuidos a la empresa imperialista. Según ese razonamiento, los costos deben exceder por mucho a las ganancias.⁴ Además de los costos estimados en libras, la prosecución de políticas imperialistas produce desafortunados efectos políticos y sociales a nivel doméstico. Conduce o bien al militarismo en Inglaterra o a su dependencia de las tropas nativas; pone en movimiento fuerzas que son antagónicas a las reformas sociales y económicas y que socavan al gobierno representativo; sostiene y aumenta una aristocracia estéril que depende de los tributos de Asia y África, y que en última instancia puede convertir a la mayoría de los europeos occidentales en un pueblo parásito (1902, pp. 51, 103-52, 314-15).

Eso, según Hobson, es lo que define la mayor parte de la pérdida de la nación imperialista. La otra parte de la pérdida procede de los efectos que el imperialismo ejerce en el exterior. La nación imperialista, al exportar sus bienes de capital y su saber técnico, permite que los países retrasados desarrollen sus recursos. Una vez que esto se ha producido, no hay nada que impida, digamos, a China que utilice capital extranjero y cada vez más su propio capital, combinado con su trabajo, para producir bienes que pueden suplantar el "producido británico en los mercados neutrales del mundo". Puede por último "inundar", incluso, los mercados occidentales con "productos chinos"

⁴ Según una versión más restrictiva, las ganancias y pérdidas relativas siguen siendo problemáticas, incluso para Gran Bretaña en el apogeo de su imperialismo moderno. Ver los criteriosos cálculos de Strachey (1960, pp. 146-94) y Brown (1970, p. X). Especialmente, Brown escribe acerca del imperialismo desde un punto de vista marxista. Recomendamos también ver Boulding y Mukerjee (1971).

baratos, revertir el flujo de las inversiones y adquirir "control financiero sobre sus patrones y civilizadores" (1902, pp. 308 y sigs.). Las propias acciones del país imperialista socavan su posición de superioridad.

Lenin se basó grandemente en Hobson, y sólo estuvo en desacuerdo con él en dos puntos importantes. Hobson creía que la tendencia al imperialismo podría ser eliminada por medio de políticas gubernamentales destinadas a redistribuir la riqueza (1902, pp. 88-90). Lenin creía que los capitalistas que controlaban el gobierno jamás permitirían la articulación de esas políticas. El imperialismo era entonces inevitablemente una política de los Estados capitalistas en su etapa monopólica (1916, pp. 88-89). Hobson creía que la argumentación imperialista era la causa de casi todos los conflictos que se producían entre los países imperialistas y la razón principal de sus enormes gastos en armamentos. Sin embargo, Hobson preveía la horrible posibilidad de que los Estados capitalistas cooperaran en la explotación de los pueblos menos desarrollados (1902, pp. 311 y sigs.; 364 y sigs.). Lenin creía que los pactos cooperativos no podrían durar, dadas las cambiantes fortunas de los Estados capitalistas y la inestable posibilidad de oportunidades de inversiones externas. El capitalismo produce inevitablemente el imperialismo. A su vez, eso lleva inevitablemente a la guerra entre los Estados capitalistas, pensamiento que más tarde respaldó la convicción de que el socialismo podría sobrevivir en un solo país (1916, ps. 91-96, 117-20).

Utilizando el análisis de Hobson, Lenin trató de demostrar que los efectos que ese autor creía probables eran necesarios productos del capitalismo. Más aún, a Lenin le agradaba aquello que Hobson predecía y deploraba: el imperialismo forma parte de la dialéctica que produce la decadencia del mundo capitalista minando las energías de los Estados desarrollados y agudizando los antagonismos entre ellos, por una parte, y promoviendo el desarrollo económico de las áreas retrasadas, por otra parte.⁵ En este punto, Lenin se adecuaba cómodamente dentro del mol-

⁵ Lenin expone el primer punto citando, entre otros, a Hobson, y el segundo especialmente por medio de la cita de Rudolf Hilferding (Lenin, 1916, pp. 102-104, 121).

de marxista. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels habían cantado al capitalismo una loa que hubiera sido incómoda y pretenciosa de haber procedido de un apologista burgués.

Las diferencias nacionales, y los antagonismos entre los pueblos (escribían) se desvanecen más y más cada día debido al desarrollo de la burguesía, a la libertad de comercio, al mercado mundial, a la uniformidad de los modos de producción y a las condiciones de vida que corresponden a estas últimas características (1848, p. 39).

Adaptando la explicación del imperialismo de Hobson, Lenin pudo sostener la visión de Marx de un futuro benigno y su convicción de que las sociedades capitalistas eran las que contenían la semilla de ese mundo.

Ahora podemos verificar la teoría económica del imperialismo por medio de las tres preguntas formuladas al principio de la parte II. Primero, ¿hasta qué punto es buena esa teoría? En este aspecto debemos distinguir entre los méritos del estilo keynesiano de la teoría de Hobson y su capacidad de explicar la tendencia a exportar capital que supuestamente produce el imperialismo. Tanto Hobson como Lenin atribuyen el imperialismo al impulso que se origina en subconsumo doméstico combinado con la atracción que ejercen los beneficios más altos que pueden obtenerse gracias a las inversiones en el exterior. Lo que se desea son los beneficios más altos, de cualquier manera que se ganen, tal como Hobson y Lenin afirmarían con rapidez. La teoría económica de Hobson no lleva en sí misma a la conclusión de que es necesario edificar imperios. El capital puede salir de un país en procura de beneficios más altos, pero el hecho de que se requiera una conquista imperial, o que se piense como necesaria, con el objeto de asegurar esos beneficios, es un hecho que depende de las condiciones políticas y económicas internas y externas. La demostración de que los Estados capitalistas pueden generar excedentes no determina la manera en que serán utilizados. El razonamiento económico sólo puede explicar la aparición de excedentes específicos en ciertas condiciones. La pregunta se desplaza, entonces, transformándose desde la interrogación acerca de si la teoría económica explica los excedentes de capital a la cuestión de si la condición económica interna deter-

mina o no la conducta política externa. Esa pregunta no puede ser respondida por medio de una teoría del funcionamiento de las economías nacionales. A pesar de esa dificultad fatal, se puede creer, como yo lo hago, que la persuasividad del razonamiento económico ha ayudado a construir la teoría como un todo, a pesar de su incapacidad de pasar la segunda prueba y su dificultad con la tercera.

La segunda y la tercera pruebas pueden considerarse en conjunto. Recuérdese que para que la teoría económica del imperialismo sea válida, la mayoría de los países imperialistas deben ser capitalistas y productores de excedentes, y que la mayoría de los países que responden a esa descripción deben ser imperialistas. A partir de 1870 en adelante, que es el período al que se aplica esa teoría, todos o casi todos los Estados que podrían ser razonablemente llamados "capitalistas" se embarcaron en alguna actividad imperialista. Varios Estados imperialistas, sin embargo, exportaron poco capital a sus propias colonias; y otros no produjeron ningún tipo de excedente de capital. Más aún, cierto número de Estados imperialistas no eran capitalistas. La diversidad de las condiciones internas de los Estados y de sus políticas exteriores era impresionante. Lo que no resultaba impresionante era su conformidad con las estipulaciones de la teoría. Inglaterra, el primer Estado imperialista, había invertido la mitad de su capital fuera de sus colonias para fines del siglo diecinueve. El hecho de que la mayor cantidad estuviera invertida en los Estados Unidos resulta por lo menos desconcertante para los escrupulosos partidarios de esta teoría. De manera constante, Francia se hallaba en el segundo o tercer puesto de inversión y de comercio con los territorios que poseía (Feis, 1930, p. 23). Japón en Asia, y Rusia en Asia y Europa Oriental, eran ciertamente imperialistas, pero no eran capitalistas ni productores de excedentes. Esos pocos casos ilustran la diversidad de condiciones asociadas con el imperialismo, una variedad suficiente para refutar la teoría.

Estas anomalías, desde el punto de vista de la teoría, despiertan mayores dudas. El imperialismo es tan antiguo, al menos, como la historia registrada. Por cierto resulta extraño saber que la causa (el capitalismo) es mucho más joven que el efecto que produce (el imperialismo). Es verdad que Hobson y Lenin sólo pretenden explicar el imperialismo en la época

del capitalismo avanzado. Pero debemos preguntarnos qué es lo que originó al imperialismo en épocas pasadas y por qué no actúan más esas antiguas causas del imperialismo, por qué han sido reemplazadas por el capitalismo. Si había cosas nuevas en el mundo a fines del siglo diecinueve, el imperialismo no era una de ellas. No el fenómeno, sino tan sólo su causa, era, según se dijo, nueva. Es como si Newton hubiera alegado haber descubierto la explicación de la caída libre de los cuerpos exclusivamente desde 1666 en adelante, como si hubiera dejado para otros la explicación de cómo caían esos objetos antes de esa fecha, y como si su descubrimiento de la ley de gravedad fuera algo que no existiera ni actuara antes.

Las teorías de Hobson y Lenin no pueden ocuparse de éstos problemas y no intentan hacerlo con mucha seriedad.⁶ La aceptación de la teoría que se difundió y persistió, descansaba en cambio sobre la atracción ejercida por su razonamiento económico y sobre la flagrante verdad de que los Estados capitalistas desarrollados de la época se hallaban, ciertamente, entre los más impresionantes constructores de imperios de la historia. Los Estados capitalistas desarrollados eran feroces imperialistas. Entonces, ¿por qué no identificar imperialismo y capitalismo? La identificación era obviamente sencilla, ya que con tanta frecuencia se leía acerca de Estados capitalistas que imponen el excedente de sus productos y capital a cándidos nativos, y acerca de la loca lucha entablada entre los países capitalistas por la adquisición de colonias.

Si las aserciones de causa resultan convincentes, lo son solamente hasta que advertimos que en la época de Hobson, al igual que en la nuestra, la mayoría de los Estados importantes eran capitalistas. Entonces se plantea esta pregunta: ¿Los países desarrollados son "imperialistas" por ser *capitalistas* o por ser *desarrollados*? El crecimiento de las economías industriales en el siglo diecinueve estimuló el imperialismo mundial. ¿La hegemonía de unos pocos sobre muchos fue producida por las contradicciones del capitalismo o por la revelación de los secretos de la naturaleza, por la transmutación de la ciencia en tec-

⁶ Una manera consiste en argumentar que el "nuevo imperialismo" era diferente del antiguo a causa del capitalismo. Por cierto que existían diferencias, pero eran triviales teóricamente. Para un ejemplo de esta argumentación, ver O'Connor (1970).

nología y por la organización de los poderes de la tecnología a escala nacional? Las respuestas a estas preguntas son críticas para cualquier teoría que pretenda dar cuenta del imperialismo.⁷

Algunos responderán que el furor de la actividad imperialista a fines del siglo diecinueve sólo puede ser explicado por los cambios económicos producidos dentro de los países imperialistas, y que esto suministra evidencias a favor de la teoría de Hobson y de Lenin. Esta argumentación no es adecuada. Al rechazar la teoría, no estoy diciendo que el capitalismo no tuviera nada que ver con el imperialismo francés o británico. Hacerlo sería tan tonto como decir que el autoritarismo nada tenía que ver con el imperialismo japonés o ruso. Los actos particulares tienen causas particulares, que dan cuenta de parte de los resultados que nos interesan. Al ocuparnos de causas particulares, sin embargo, estamos tratando con cuestiones que resultan más interesantes históricamente que teóricamente. Afirmar que una teoría que contemple tan sólo la condición interna de los Estados no explica suficientemente sus conductas externas no implica afirmar que la conducta externa puede ser explicada sin hacer referencia a las condiciones internas. Las economías capitalistas, por lo tanto, tenían una amplia cantidad de elecciones y de medios efectivos para actuar internacionalmente. De qué modo elegirían actuar, no obstante, no puede ser explicado por medio de las condiciones internas solamente. Las condiciones externas deben formar parte de la explicación, ya que la variedad de condiciones internas de los Estados no está igualada por la variedad de sus conductas externas.

A través de la historia, los tres famosos "excedentes" de personas, de productos y de capital— están asociados con movimientos imperialistas. En diversas versiones, son identificados respectivamente como el imperialismo de la multitud, el imperialismo del libre comercio y el imperialismo del capitalismo económico. Es necesario establecer dos puntos. Primero, un país que sostiene un movimiento imperialista debe producir uno de esos "excedentes" o una combinación de ellos en el sentido específico en el que el ejército imperial requiere un margen de superioridad sobre el pueblo que controla. ¿De qué otro modo

⁷ Wehler (1970) da un notable ejemplo de cómo el análisis de las causas queda entorpecido cuando se igualan industrialización y capitalismo.

podría ejercerse control? Segundo, el hecho de cómo se produce ese "excedente", y la naturaleza del Estado que lo produce, parece no ser importante. Repúblicas (Atenas y Roma), monarquías asistidas por el derecho divino (la Francia borbónica y el Japón de la dinastía Meiji), democracias modernas (Inglaterra y Estados Unidos) han sido imperialistas en distintas épocas. De manera similar, gran variedad de economías —pastoral, feudal, mercantilista, capitalista, socialista— han sostenido empresas imperialistas. Explicar el imperialismo por medio del capitalismo es parroquial en el mejor de los casos. Más que referirnos al imperialismo capitalista, deberíamos escribir, más acertadamente, acerca del *imperialismo de gran poder*. Donde existen grandes desequilibrios de poder, y donde los medios de transporte permiten la exportación de productos y de instrumentos de gobierno, el pueblo más capaz habitualmente ejerce una considerable influencia sobre los menos capaces de producir excedentes. En un artículo que supuestamente acusa pesadamente a Joseph Schumpeter, Murray Greene lo acusa de añadir esa idea a su teoría sociológica del imperialismo: lo que puede "parecer imperialismo capitalista simplemente ocurre en la época capitalista" (1952, p. 64). Greene acierta precisamente en un punto importante, aunque lo malentiende por completo. Históricamente, el imperialismo es un fenómeno común. Donde hallamos imperios, advertimos que han sido contruidos por aquéllos que se organizaron y explotaron sus recursos con mayor efectividad. De este modo, en su apogeo, el mercantilismo fue la causa del imperialismo en el mismo sentido espúreo en que lo fue más tarde el capitalismo.

Si los Estados capitalistas, los más avanzados de la época, no hubieran afectado a los otros más de lo que los otros los afectaron a ellos, embarcándose tan sólo ocasionalmente en actividades imperialistas, este hecho hubiera sido por demás extraño. En este sentido, la ausencia del imperialismo en presencia de un desequilibrio de poder requeriría una inminente explicación. La debilidad invita al control; la fuerza tienta a ejercerlo, aunque más no sea por el "bien" de la gente.⁸ El fenómeno es más general y también más antiguo que la explicación que ofrece

⁸ Como la advertencia de Nkrumah a los africanos acerca de que la debilidad de la desunión invita al control imperialista (Grundy, 1963, p. 450).

la teoría. La frase que expresa la causa fundamental que actúa en economías diferentemente organizadas es "el imperialismo del gran poder". La organización económica que "causará" el imperialismo (en el sentido de permitirle a un país la prosecución de políticas imperialistas) es cualquier forma económica que demuestre ser más efectiva en una época determinada y dentro del área pertinente. Para completar la comparación ya insinuada con anterioridad: la fuerza de gravedad newtoniana actuaba antes, aunque no se la había identificado plenamente; las causas del imperialismo, presentes en el capitalismo avanzado, ya estaban presentes con anterioridad, aunque la identificación del imperialismo con el capitalismo ha oscurecido ese hecho.

III

Después de la Primera Guerra Mundial, Lenin y sus seguidores pudieron aplicar su tesis en su forma más intensa. El capitalismo produce imperialismo, y el Estado capitalista más importante será el país más ferozmente imperialista. Así, Trotsky predijo que Estados Unidos se convertiría en la nación más imperialista del mundo, y que este acontecimiento desencadenaría "colisiones militares" en una "escala sin precedentes" (1924, p. 29). El Estado capitalista más importante no sólo debe ser el más imperialista, sino que además sus políticas imperialistas deben ser la principal causa de guerra en el mundo.

En el mismo período, Joseph Schumpeter escribió su conocido ensayo, donde ofrecía para el imperialismo una explicación contraria a la económica. "Elementos precapitalistas, sobrevivientes, reminiscencias y factores de poder" impulsan a los Estados al imperialismo. Las clases militares, antaño necesarias para la consolidación y la extensión de los Estados, no desaparecen tras haber completado sus tareas. Siguen viviendo. Procuran tener ocupación y prestigio permanentes. Están respaldadas por otros que han sido infundidos con el mismo espíritu. Esas fuerzas atávicas dan nacimiento a las tendencias imperialistas, que no están ausentes ni siquiera en los Estados Unidos. Pero, afirma Schumpeter, "podemos suponer que entre todos los países Estados Unidos es el que más probablemente muestre la más débil tendencia imperialista" (1919, p. 72). Al igual que Veblen,

y gracias a un razonamiento similar, Schumpeter atribuye las causas de las guerras a la constante vigencia de un militarismo anticuado y cree que Alemania y Japón —países en los que las fuerzas capitalistas no han suplantado del todo a los elementos feudales— constituirán los mayores riesgos de guerra.⁹

¿El imperialismo decae a medida que el capitalismo, inherentemente pacifista, asimila más plenamente los elementos sociales anacrónicos, o es la última expresión maligna del capitalismo antes del advenimiento del socialismo? A juzgar por la precisión de las predicciones, Veblen y Schumpeter se llevan el premio. Pero la predicción es un criterio insuficiente para aceptar la validez de una teoría, pues las predicciones pueden ser correctas o erróneas por muchas y accidentales razones. Veblen y Schumpeter, no obstante, plantearon el problema con el que tendrían que enfrentarse más tarde los marxistas: cómo rescatar la teoría del imperialismo de Lenin cuando los Estados capitalistas no llevaran a cabo políticas coloniales —por cierto, cuando ninguno de ellos se aferrara ya a sus colonias.

La solución se halla en el concepto de neocolonialismo tal como fuera desarrollado a partir de la década de 1950. El neocolonialismo separa la noción de imperialismo de la existencia de los imperios. Lenin ofrece alguna base para esta separación. Definió al imperialismo como la condición interna de ciertos Estados más que como una política, un conjunto de acciones o un resultado producido. El imperialismo es simplemente “la etapa monopólica del capitalismo”. Pero para Lenin esa condición hallaba necesariamente una expresión política. El imperialismo se originaba de manera privada, pero se expresaba públicamente. Una política imperialista sólo podía llevarse a cabo si había soldados y marineros disponibles para instrumentarla. Los imperios sin colonias, y las políticas imperialistas que no requieren ninguna fuerza que las respalde, eran inimaginables para Lenin.

La primera gran diferencia entre la antigua y la nueva tesis marxista del imperialismo se halla en el divorcio del imperialismo de las políticas y las acciones gubernamentales. Esta diferencia se ve claramente en el rápido cambio de conclusiones

⁹ Schumpeter no menciona a Alemania, aparentemente, a causa de las limitaciones de la censura durante la guerra. El ensayo de Veblen se publicó por primera vez en 1915.

experimentado por Harry Magdoff, uno de los principales escritores neocoloniales. En su libro de 1968 acentúa la dependencia económica de la nación; entonces, requiere de la acción gubernamental para establecer una posición de predominio que hará que el mundo sea seguro para las operaciones del capital norteamericano. En un artículo de 1970 se une a lo que es ahora la corriente principal neocolonialista. Las referencias a la dependencia norteamericana desaparecen, y las empresas privadas suplantán al gobierno como motor conductor de la maquinaria imperial. La tesis neocolonial contiene la explicación económica última de la política internacional, afirmando, como afirma, que en los Estados capitalistas los instrumentos económicos privados se han desarrollado tanto que su uso informal es suficiente para controlar y explotar efectivamente los recursos de otros países (1969, capítulos 1, 5; 1970, p. 27).¹⁰ Las corporaciones multinacionales operan ahora en tan grandes escalas y sobre áreas tan amplias que pueden desarrollar su propio poder en contra de países económicamente menos poderosos, y también proseguir sus estrategias de expansión distribuyendo las operaciones en varios países, algunos con gobiernos predeciblemente más seguros y estables. El impulso comercial hacia el exterior es tan fuerte, y su capacidad de preservación tan grande, que las empresas desarrollan sus "imperios invisibles" habitualmente sin el respaldo de las políticas gubernamentales o de las fuerzas nacionales.

La segunda diferencia importante que existe entre la antigua y la nueva tesis marxista del imperialismo se halla en la estimación de los efectos ejercidos por el imperialismo en los países menos desarrollados. Los antiguos marxistas creían que los capitalistas se cavaban sus propias tumbas de diversas maneras, una de las cuales consistía en colaborar con el desarrollo económico de sus imperios por medio de inversiones capitalistas en el exterior. Una desesperación nada marxista ha sustituido al

¹⁰ Con más similitudes que diferencias, los puntos que acabamos de enunciar y los que seguirán son comunes a la escuela neocolonial. Usé el término "escuela" en sentido amplio para sugerir una similitud de las conclusiones de todos los autores que llegan a ellas de maneras diferentes, ya sea por medio de enfoques históricos, políticos o económicos, y cuyo compromiso con el marxismo es variable. Algunas de las fuentes más interesantes, además de Magdoff, son Baran y Sweezy (1966), Brown (1970), Galtung (1971), Hymer (1970), Williams (1962) y Wolff (1970).

optimismo de Marx y de Lenin. Ahora se dice que los capitalistas que operan en el exterior ejercen el efecto de congelar el desarrollo económico a niveles relativamente bajos, de distorsionar desventajosamente ese desarrollo. Los países retrasados siguen siendo abastecedores de materias primas para los países más desarrollados, o se los mantiene a un nivel de manufactura comparativamente primitivo.¹¹ En este sentido, están incluidos los países capitalistas más avanzados, los Estados Unidos y los países comparativamente menos desarrollados de Europa occidental.

Los teóricos neocolonialistas, no obstante, alegan haber identificado y explicado otro "nuevo" imperialismo. Un examen del pensamiento neocolonial nos llevará a establecer varios puntos importantes acerca de la teoría internacional. Esos puntos quedan insinuados bajo los siguientes encabezamientos: 1) teorías auto-verificantes; 2) estructura sin conducta o la desaparición de la función, 3) sobreexplicación y el problema del cambio.

1. *Teorías auto-verificantes*

Imre Lakatos utiliza la expresión "teorías auxiliares" para describir esas teorías que son ideadas "tras los hechos" y que carecen de poder para anticipar otros hechos (1970, pp. 175-76). Supongamos, por ejemplo, que empiezo por la convicción de que ciertos tipos de Estados son imperialistas. Supongamos que mi teoría explica por qué. Supongamos todavía que deseo mantener mi teoría intacta, aun cuando la actividad explicada y aquellos que se abocan a ella cambian mucho a lo largo del tiempo. Para alcanzar esa meta, necesito hacer dos cosas: primero, redefinir la antigua palabra para cubrir la nueva actividad, y segundo, revisar la vieja teoría con el objeto de cubrir nuevos elementos. La evolución de las teorías acerca del imperialismo ilustra perfectamente ambos procedimientos.

Según Hobson y Lenin, si un país edifica un imperio con el objeto de controlar la escena exterior de sus operaciones económicas, eso es imperialismo. Según una noción más tardía, si un país es capaz de operar económicamente en el exterior *sin* edifi-

¹¹ Estos puntos se expresan en un importante artículo anterior, cuyo autor no pertenece a la escuela que estamos examinando. Ver H. Singer (1950).

car un imperio, eso también es imperialismo. Esta última definición está implícita en la idea del "imperialismo del libre comercio", asociado a menudo con la obra no-marxista e históricamente impresionante de Gallagher y Robinson. Estos autores acentúan la utilización del libre comercio como técnica favorita de la expansión británica, especialmente a mediados del siglo diecinueve, y argumentan que cualquiera fuera el método utilizado, los intereses británicos siguieron asegurándose y extendiéndose durante todo el siglo (1953, pp. 11, 13). De todos modos, bien puede ser que el interés británico por tener un imperio formal decayera a mediados del siglo diecinueve, precisamente porque su dominio de los mercados mundiales le garantizaba que una cantidad suficiente de sus productos serían adquiridos en el exterior, gobernara o no esos países. De manera similar, podemos decir que las operaciones económicas externas de Estados Unidos no han requerido la maquinaria tradicional del imperio, y por cierto tampoco la requieren ahora.¹²

El reconocimiento de la escuela neocolonial de que las operaciones económicas norteamericanas requieren poco o ningún apoyo de las fuerzas militares se corresponde certeramente con la realidad. Las políticas imperialistas del viejo estilo han languidecido, los imperios casi han desaparecido. Ahora, como siempre, la capacidad económica superior de los pueblos ricos ejerce no obstante su impacto sobre los más pobres. Llamar a la influencia ejercida por los ricos sobre los pobres "imperialismo" es el primer paso para rescatar la teoría de Lenin. Afirmar que lo que los capitalistas hacen en el exterior es imperialismo —lo hagan o no por medio de un imperio y de la fuerza— ayuda a convertir la teoría en auto-verificante. La teoría no anticipó estos hechos. No hizo que nadie esperara la decadencia de los imperios visibles. En cambio, la definición de aquello que presuntamente la teoría explicaba fue cambiado para adecuarse a lo que realmente ocurría. Los neocolonialistas, al redefinir la conducta que se espera de los Estados capitalistas, demuestran notablemente la vigencia del punto ya expresado: es decir, cómo las economías

¹² La noción de Williams de lo que podríamos llamar "imperialismo de puertas abiertas" (1962). Ver también el intento de Michael Barrat Brown de completar la lógica neocolonialista alegando que el control imperial dependía más de la dominación económica que de la política (1970, pp. XXXIV-XXXV).

nacionales producen excedentes, y cómo estos excedentes son utilizados en diferentes cuestiones, y lo segundo no puede ser respondido por medio de una teoría acerca de las economías nacionales.

2. *Estructura sin conducta, o la desaparición de la función*

La nueva definición de imperialismo afecta grandemente el modo en que la teoría económica tradicional del imperialismo ha sido corregida con el objeto de que cubra prácticas recientes, como puede observarse si se toma en cuenta la teoría “estructural” del imperialismo de Johan Galtung. Llevando a la teoría neocolonial hasta su extremo natural, Galtung, con poco ingenio, expone toda su absurdidad. El imperialismo, en opinión de Galtung, es la relación entre los Estados más ricos y armoniosos, por una parte, y los Estados menos armoniosos y más pobres, por la otra. Convierte al imperialismo en una cuestión estructural, pero llega a su teoría estructural, en parte, por reducción. En su definición de estructura internacional combina un atributo nacional, el grado de armonía, con una estructura internacional característica, la distribución de la capacidad. El primero es un elemento de la estructura nacional, si es que es en algún sentido un elemento estructural. Como Galtung incluye un atributo nacional en su estructura internacional, su enfoque se torna reduccionista. La estructura es un concepto útil si se la considera como condicionante de la conducta que afecta las maneras en que se desempeñan las funciones.¹³ Definir la estructura internacional en parte en términos de un atributo nacional identifica a esos atributos con los resultados que se intentan explicar. Como Galtung define estructura de esa manera, conducta y función desaparecen; un país es llamado imperialista en función de sus atributos e independientemente de las acciones que desempeñe. La observación de la conducta, su conexión con los acontecimientos y el problema de los resultados alternativos —todas esas complejas y difíciles cuestiones— pueden dejarse de lado. Así, Galtung puede decir de Japón en el sudeste de Asia que “no hay dudas acerca del imperialismo económico, pero no hay dominio político, militar, comunicacional o cultural”. El imperialismo,

¹³ Para una discusión de estas cuestiones, ver el capítulo 4, parte III.

perfeccionado, no emplea ningún tipo de fuerza militar, ni fuerzas directas ni amenazas de violencia (1971, pp. 82-84, 101). En vez de ser un conjunto de actividades difícil de revelar, el imperialismo se convierte en una situación fácilmente visible: el crecimiento de la brecha entre los países ricos y armoniosos y aquéllos inarmónicos y pobres.

La construcción de Galtung, ofrecida como teoría, simplemente afirma que la causa de esa creciente diferencia entre condiciones de vida es la explotación que los ricos hacen de los pobres. "La interacción vertical", afirma, es "la mayor fuente de desigualdad de este mundo" (1971, p. 89). Por qué se produce ese fenómeno no es explicado, sino que en cambio se lo reafirma de diversas maneras. La asimetría del comercio internacional, la diferencia de situación entre los que hacen los productos y los que meramente disponen de los productos de la naturaleza, los diferentes grados de procesamiento que reciben las exportaciones de cada nación: de manera inespecífica, esos factores causan presuntamente que la interacción de las naciones enriquezca a los Estados desarrollados mientras empobrece a los retrasados.

La demostración de cómo, en qué circunstancia y en qué grado los ricos se han enriquecido empobreciendo a los pobres requeriría un cuidadoso análisis, incluyendo la investigación de los cambios en términos de comercio y de la composición de las exportaciones y las importaciones en todos los países y a lo largo del tiempo.¹⁴ Esa investigación revela en ciertos momentos que algunos productores primarios corren muy buena fortuna. Y, ¿acaso están explotando a otros de manera imperialista? En 1974, los exportadores de petróleo y de alimentos prosperaron. Las subdesarrolladas naciones árabes y las altamente desarrolladas de América del Norte prosperaron en contraste con la mayoría de los países. Las primeras nombradas son preminentes ejemplos de los países explotados de Galtung. Entran más bien en la categoría de "ser" y no en la de "convertirse", de países que venden los productos de la naturaleza en vez de manufacturar sus propios productos. Al mismo tiempo, Estados Unidos es el

¹⁴ En vez de hacer esto, Galtung ofrece ejemplos que a su vez resultan bastante extraños. "Cuando una nación intercambia tractores por petróleo", dice, "desarrolla la capacidad de producir tractores" (1971, p. 98). Deja de lado el hecho de que un país exporta tractores solamente si ha desarrollado ya su industria automotriz. Aparentemente, desea hacer parecer que los pobres permiten que los ricos desarrollen sus industrias.

mayor exportador mundial de alimentos *y* el modelo que Galtung propone de país imperialista. La teoría de Galtung no sólo ofrece descripciones en vez de explicaciones, sino que además sus descripciones no se corresponden con la realidad.

Aparentemente, Galtung ha sacado conclusiones apresuradas a partir de la tendencia, en términos comerciales, a desplazarse desde principios de la década de 1950 hasta principios de la de 1970 en contra de los productos primarios y a favor de los manufacturados. Pero esas tendencias no son iguales para todos los productos ni duran indefinidamente. A medida que se producen variaciones en los términos comerciales, algunos países ganan más con el comercio internacional, y otros ganan menos. Los términos del comercio van en contra de los países que ofrecen productos que ya son suministrados suficientemente por otros. Internacional y domésticamente, los pobres se sienten alienados y son frustrados por ser tan poco necesarios. ¿Cómo es posible decir que los desempleados están explotados? ¿Cómo es posible que los países que ofrecen materiales de gran existencia están subsidiando a las naciones ricas con sus precios bajos? Si las naciones ricas dejaran de comprarles sus productos, los países pobres serían por cierto más pobres.

No obstante, Galtung cree que los ricos explotan y empobrecen a los pobres, obstaculizan su desarrollo económico y además los mantienen interna y externamente desunidos (1971, pp. 89-90). Su conclusión, primero expresada en su teoría y luego extraída de ella, es que la relación imperialista entre ricos y pobres es la mejor explicación del bienestar de pocos y el sufrimiento de muchos. Entonces deberíamos sin duda preguntarnos si la parte norte y occidental del mundo ha empobrecido a las orientales y a las del sur, y si la explotación de estas últimas, a su vez, enriqueció a las primeras. ¿El imperialismo llevó a la explotación económica, la pobreza y la lucha a pueblos que no habían sufrido previamente esas aflicciones? ¿Sirve el imperialismo ahora para la perpetuación de esos males? La explotación y la lucha no son infortunios recientes, como tampoco lo es la pobreza. Los que atribuyen la desunión al imperialismo pueden recordar la condición previa de la mayoría de los pueblos coloniales. Hasta mediados del siglo diecinueve, lo que es más, casi

todo el mundo vivía a nivel de la simple subsistencia, o muy próximo a ella.¹⁵

Marx y los primeros marxistas parecían hallarse más cerca de la verdad al creer que sin la intervención de dinámicos países capitalistas el mundo noroccidental hubiera permanecido para siempre en su situación de retraso.¹⁶

Las causas de la pobreza son muchas y antiguas, al igual que las causas de la riqueza. Los que creen que el imperialismo es tan provechoso que da cuenta de gran parte de la riqueza de los ricos confunden las ganancias privadas con las nacionales, no consideran los costos del país imperial incluyendo el costo de la exportación de capital, y olvidan que para la mayoría de los países imperialistas cualquier ganancia imperial es pequeña en el mejor de los casos cuando se la compara con su propia economía. Más aún, como mercado para productos y como lugares de inversión, otras naciones ricas han sido más importantes para los países desarrollados, fueran o no imperialistas, que los países retrasados. Decir que el imperialismo no ha dado ganancias sería erróneo. El punto esencial, sin embargo, tan urgente que puede enunciarse en una sola frase, es éste: seguramente las razones más importantes del bienestar material de los Estados ricos se hallan dentro de sus propias fronteras —en su uso de la tecnología y en su capacidad de organizar economías a escala nacional.

No obstante, para muchos de aquéllos que explican económicamente el imperialismo, la noción de que los pobres son los que hacen ricos a los ricos se ha transformado en una convicción arraigada. Tal vez sea igualmente arraigada la idea de que los ricos hacen pobres a los pobres y además les infligen otros numerosos infortunios. Estas ideas desesperanzadas, momentáneas para los primeros marxistas porque las causas basales del sistema producirían su propia destrucción, se tornan permanentes

¹⁵ Emmanuel (1972, pp. 48-52). El libro propone la extraña tesis de que el aumento de los salarios es la causa del desarrollo económico nacional.

¹⁶ La ambivalencia de Mao Tsé-tung en estos puntos resulta interesante. China no era una colonia sino una semicolonía compartida por varios amos imperiales. Ningún país imperial tuvo incentivos para promover el desarrollo de China y eso, señala Mao, ayuda a explicar el desperejo "desarrollo económico, político y cultural" (1939, p. 81). El conflicto entre los amos imperiales, sin embargo, promovió las luchas nacionales y revolucionarias en China (1936, pp. 193-98).

para los neocolonialistas actuales por las razones que enunciaré en la sección siguiente.

3. *Sobrexplicación y el problema del cambio*

El esfuerzo destinado a salvar la tesis de Lenin ha llevado a tal ampliación de la definición del imperialismo que casi cualquier relación entre desiguales puede ser denominada de ese modo. La ampliación fue necesaria para cubrir las sucesivas refutaciones que los acontecimientos plantearon a los puntos claves de la teoría de Lenin. Los marxistas solían considerar las inversiones externas como medios de abrirse paso a través del estancamiento inevitable de la economía de *laissez-faire*. Pero una vez que las inversiones externas producen a los países capitalistas una devolución mayor que la cantidad de sus nuevas inversiones externas, ya no se puede decir que opere el principio de "impulso". Algunos neocolonialistas señalan ahora que el flujo neto de fondos es *hacia* Estados Unidos, y añaden que gran parte de las nuevas inversiones de las corporaciones que operan en el exterior proceden de capitales prestados localmente.¹⁷

¿Cómo hacen entonces los países capitalistas para evitar el estancamiento? A menudo se da una respuesta simple: gastando mucho en defensa. Los presupuestos de defensa son absorbedores ideales de capital excedente porque los gastos en defensa son estériles. Esta explicación, sin embargo, se aplica a Japón o a Alemania occidental, segundo y tercer país capitalista respectivamente. Incluso aplicada a Estados Unidos, la explicación admite que cualquier objeto adicional de gasto privado o público en gran escala cumpliría la misma función, como Baran y Sweezy también señalan (1966, pp. 146-53, 223). Para nuestros propósitos, todo lo que necesitamos advertir es que las inversiones externas de los Estados están efectivamente separadas del análisis marxista de las economías capitalistas una vez que las inversiones externas dejan de considerarse una manera de compensar el déficit de consumo interno.

¹⁷ Ver, por ejemplo, Baran y Sweezy (1966, pp. 105-109); Magdoff (1969, p. 198). Los marxistas lo plantearon de ambas maneras: primero, la dependencia de los países ricos con respecto a los pobres, para que éstos absorbieran el capital excedente; más tarde, la explotación de los países más pobres por parte de los más ricos por medio de la repatriación de los beneficios de las inversiones.

Así, uno de los dos elementos principales del desarrollo dialéctico es eliminado. El segundo elemento también ha dejado de operar pues, como ya se ha explicado, no se cree que los países subdesarrollados serán elevados económicamente por medio del flujo de capital externo que llegue hasta ellos. Por lo tanto, no adquieren la capacidad de resistirse a las intromisiones de los Estados capitalistas en el futuro. El capitalismo no se reproduce en el exterior por medio de sus políticas imperialistas, y por lo tanto no se crean las condiciones en las que clásicamente se ha supuesto que emerge el socialismo.

Como explicación económica última, el neocolonialismo divorcia al imperialismo de la política gubernamental. Ahora el imperialismo, basado en el desequilibrio económico a favor de los Estados capitalistas, es una condición que se sostiene en tanto persista ese desequilibrio. El hecho de expresarlo así revela la importante cualidad común existente entre el "imperialismo del libre comercio" inglés de mediados del siglo diecinueve, y el reciente "imperialismo de la expansión comercial en el exterior" de los norteamericanos. Cada caso es una instancia del "imperialismo del gran poder". Cuando un país produce un tercio o un cuarto de los productos del mundo, está destinado a afectar a los otros más de lo que los otros lo afectan a él. Los vehículos de la influencia —sean comerciales, financieros, o corporaciones multinacionales— producen efectos de gran alcance a causa de las vastas posibilidades nacionales que los respaldan.

La única prescripción para acabar este así llamado imperialismo es la que ordena que los pobres se enriquezcan y/o los ricos se empobrezcan.¹⁸ Y, sin embargo, se considera que el sistema actual produce, perpetúa y aumenta la brecha existente entre las naciones ricas y las pobres. Los que aceptan el análisis neocolonialista deben acabar en la desesperación o caer en la fantasía. La fantasía de sus prescripciones para terminar con el imperialismo es evidente. Tras haber definido el imperialismo como la explotación de los débiles por parte de los fuertes, o de los pobres por parte de los ricos, Galtung, por ejemplo, sólo puede ver un final del imperialismo por medio de la cooperación

¹⁸ Como señalara Robert Jervis al comentar este capítulo, una depresión de los países ricos que achicara la brecha existente terminaría con el imperialismo, tal como Galtung lo define, sólo durante el tiempo que durara esa depresión.

y la unión de los débiles y los pobres, con el objeto de convertirse en ricos y fuertes, aunque la complicación de sus afirmaciones oscurece de algún modo esta prescripción (1971, pp. 107 y sigs.). ¡Sed fuertes! ¡Volvéos ricos! Es difícil seguir un consejo de esta clase. En ciertas ocasiones, los débiles y los pobres pueden ganar algo uniéndose, pero esas ocasiones son escasas, y los beneficios son difíciles de obtener. El dramático incremento de los precios petroleros provocado por la unión de países exportadores de petróleo a mediados de la década de 1970 sugiere que se necesitan condiciones muy especiales para lograr éxito. El ejemplo demuestra en especial que aquellos bienes dotados del recurso de la demanda prosperan a expensas de muchos otros; más aún, es posible ejercer algún tipo de regulación del suministro. El ejemplo confirma el dicho popular que afirma que “los que tienen, pueden”, en vez de respaldar la esperanza de que los países pobres puedan mejorar sus destinos concertando sus esfuerzos. A la miseria puede gustarle tener compañía, pero cuando los pobres y los débiles unen sus manos, poco ganan —si es que ganan algo— en prosperidad y en fuerza.

IV

Ahora podemos reflexionar acerca de las teorías del imperialismo que acabamos de examinar. Hobson, Lenin y los neocolonialistas ofrecen explicaciones económicas de la conducta externa de los Estados, con mayores diferencias entre la escuela neocolonial y Lenin que entre Lenin y Hobson. Hobson y Lenin consideraban que la expansión y la consolidación de los imperios se desarrollaban al mismo tiempo que el capitalismo. Alegaban que el capitalismo era la causa del imperialismo, y concluían que la regulación o abolición del capitalismo eliminaría el imperialismo. Cometieron el comprensible error de pensar que la solución del problema específico del imperialismo a fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte sería solución para los antiguos problemas del imperialismo y también del problema de la guerra. Los marxistas más tardíos y otros neocolonialistas cometen errores diferentes y menos excusables. Reinterpretan la palabra para que se adecue a sus erróneas interpretaciones de una antigua teoría. Las “teorías” de tipo neocolonial pueden rechazar-

se porque, en lugar de ofrecer explicaciones, proponen redefiniciones destinadas más a salvar una teoría que a dar cuenta de los fenómenos.

El examen de los autores neocoloniales nos alerta acerca de la práctica común de pretender haber construido o reconstruido teorías, dedicándose en cambio a ejercicios definicionales destinados a lograr que las categorías descriptivas se correspondan con los cambios de los acontecimientos observados. El estudio de Hobson y Lenin lleva a pensar por qué los enfoques reduccionistas pueden ser inadecuados para la construcción de teorías políticas internacionales.

Hobson y Lenin concentraron su atención sobre importantes atributos de algunos de los principales Estados imperialistas de su época. La investigación de esos atributos a la luz de la teoría económica de Hobson nos dice algo acerca de los cambios de las políticas nacionales y de las políticas internacionales a partir del siglo diecinueve. Pero lo que pretendía ser una teoría general terminó por ser una teoría parcial. Como ha demostrado Eugene Staley de manera tan eficiente, aunque la teoría ayuda a explicar ciertas políticas imperialistas, es absolutamente inconducente para explicar otras (1935). Las consideraciones económicas forman parte de casi todas —o todas— las empresas imperialistas, pero las causas económicas no son las únicas que operan ni son siempre las más importantes. Toda clase de Estados han seguido políticas imperialistas. Quien afirmara que cierto tipo particular de Estado producirá el imperialismo deberá, para ser coherente, agregar que en otros momentos y lugares diferentes tipos de Estados fueron también imperialistas. Sin embargo, las teorías que hemos examinado alegan que una relación imperial existe precisamente porque el Estado imperial posee ciertos atributos económicos. Esas teorías exigen que uno crea que la situación de desequilibrio internacional acuerda cierto grado de influencia y de control que es únicas que operan ni son siempre las más importantes. Toda poderosas poseen los atributos prescriptos. Así, según la mayoría de las teorías económicas, la perniciosa influencia de los fuertes sobre los débiles sólo se producirá si los Estados fuertes son capitalistas. Pero eso es difícil de creer. Uno se pregunta, por ejemplo, si Mao Tsé-tung pensó en los Estados capitalistas como la única causa del imperialismo, y sabemos que Chou

En-lai no lo hizo así.¹⁹ Inversamente, la implicancia necesaria de las teorías económicas es que los fuertes y los débiles pueden coexistir sin que se desarrolle ninguna conexión imperial si los fuertes están constituidos adecuadamente. Si lo están, la autonomía de los débiles quedará asegurada gracias a la sabiduría auto-interesada de los fuertes.

Las teorías que hacen esa afirmación contienen además, al menos de manera implícita, la afirmación más amplia de que no hay buenas razones políticas internacionales para el conflicto y las guerras entre los Estados. Las razones de la guerra, así como las del imperialismo, se localizan dentro de algunos, o de todos, los Estados. Pero si se purgaran las causas, ¿desaparecerían los síntomas? No podemos creerlo fácilmente. Aunque las teorías económicas atribuyen a las guerras ciertas causas específicas, sabemos que toda clase de Estados con todas las variantes imaginables de instituciones sociales y económicas y de ideologías políticas se han embarcado en guerras. Internacionalmente, diferentes Estados han producido resultados similares y diferentes, y Estados similares han producido resultados similares y diferentes. Las mismas causas a veces originan diferentes efectos, y efectos similares pueden desprenderse de causas diferentes. Debemos sospechar que las explicaciones reduccionistas de la política internacional resultan insuficientes, y que los enfoques analíticos deben dar lugar a los sistémicos.

Sin embargo, los fracasos de algunos enfoques reduccionistas no prueban que otros enfoques reduccionistas no puedan tener éxito. Los defectos de las teorías económicas del imperialismo y de la guerra, aunque sugieran problemas generales producto de la concentración de las explicaciones de la política internacional en niveles nacionales o más bajos, no pueden tomarse como indicadores de que todas las teorías reduccionistas de política internacional serán defectuosas. Las dudas acerca de la corrección de los enfoques reduccionistas se acentuarán si, uno tras otro, se verificaran todos ellos y se los encontrara deficientes. Aun así, no tendríamos razón de peso para dejar de esperar que el próximo intento llevara a la construcción de

¹⁹ En su informe para el Décimo Congreso del Partido Comunista Chino, Chou identificó a los Estados Unidos y a la Unión Soviética como los dos países imperialistas que "rivalizan por la hegemonía" y se refirió al segundo llamándolo "país socio-imperialista" (Chou, 1 sept. 1973, p. 6).

una teoría reduccionista viable. Estaríamos más persuadidos de la deficiencia de la reducción por lo siguiente: por medio de la construcción de una teoría a nivel sistémico, no-reduccionista, y útil, tarea que se inicia en el capítulo 5; por medio de una explicación de por qué fracasan las teorías reduccionistas, tarea que será mejor posponer hasta examinar, en el próximo capítulo, algunas reconocidas teorías sistémicas.